

CONFIESO que nunca he sido admirador a ultranza de los premios que, año a año, otorga la Casa de las Américas. Las reticencias surgen de la heterogeneidad de los galardonados, no siempre merecedores de una distinción que, de alguna manera, significan el lanzamiento a una limitada celebridad. Desde luego, esto no es culpa de Casa de las Américas, sino de los jurados que, en la mayoría de los casos, deben fallar en un lapso de tiempo muy escaso sobre numerosos originales, a menudo de una extensión que sobrepasa los mejores deseos de rigor.

De todos modos, Casa de las Américas ha hecho un aporte fundamental a la literatura del continente, permitiendo que muchos escritores silenciados por la maquinaria capitalista alcancen los beneficios de las veleidosas opiniones del público y la crítica.

Un caso de veras interesante es el de Humberto Costantini, premiado en 1979 por su novela "De Dioses, hombricitos y policías".

ESTE libro, como a muchos les ha sucedido, anduvo y anduvo por las "asesorías" de varias editoriales, muriendo una y otra vez por las razones que se suelen dar: "lo lamentamos, pero", "nuestros programas editoriales imiden", "desgraciadamente" etc.

Fatigado y nada contento, Costantini acabó enviándolo a Casa de las Américas con el "japi end" que todos conocemos. Tuvo la fortuna, además, de que este reconocimiento le abriera las puertas de la Editorial Nueva Imagen que selló con una muy digna edición la aventura.

hombre que, en sentido estricto, se dedicaba a la curiosa actividad de la **hormonología**, si es que así se llamaba esa especialidad.

EXILIADO a fuerzas en México por sus posiciones izquierdistas, Costantini obtuvo el Premio en Cuenta de la Casa de la Cultura de Puebla y del INBA en 1978, con su "Cacería Sangrienta o la Daga de Pat Sullivan" ejemplo bastante aproximado de sus capacidades narrativas.

Porque es absolutamente incuestionable la circunstancia de que este porteño, nacido en 1924, es un narrador sustancioso, vital, novedoso y sabio en el manejo de situaciones argumentales. Tiene, por lo demás, una prosa sugerente que se basta por sí misma para envolver al lector en la "trampa" del entretenimiento profundo y para establecer la atmósfera adecuada de cada caso que propone.

Todas estas cualidades están en "De Dioses, hombricitos y policías", libro que él mismo describe como "Una historia de amor, de humor y de poesía bajo la pavorosa amenaza de la muerte".

La pavorosa amenaza de la muerte es, por supuesto, la sangrienta dictadura de Videla que, al comienzo de la década de los 80's, puede ufanarse de contar con miles de asesinados, desahuciados, presos políticos y exiliados, además de ser paradójicamente prohibida por el imperialismo norteamericano y los buenos chicos soviéticos. Sirva la oportunidad para recordar que, con alguna periodicidad, militares soviéticos y argentinos se condecoran en términos recíprocos en bien de muy provechosas relaciones comerciales, bajo la

No, Costantini busca otros caminos.

Desafortunadamente, sólo consigue sus objetivos a medias. Adelantamos, desde luego que estamos dando una apreciación subjetiva, en parecidos límites a la que dieron los otorgantes del Primer Premio de Casa de las Américas. La subjetividad, en todo caso, no evita la indispensable toma de posición.

En este libro los méritos de Costantini como narrador están en el escaparate: es un autor que sabe contar, que sabe insuflar vida y respiración a multitud de personajes, a recrear ambientes y a determinar sólidos nexos de comunicación con su lector. Manera, además, el sarcasmo con gran eficacia y, por el empuje de maduradas técnicas, dosifica ágilmente las anécdotas que dan impulso a la historia.

EN los varios planos que se desarrolla la novela, hay aciertos. De muy buen nivel son las descripciones de esos seres que integran la Agrupación Polimnia (Poetas Asociados de Villa del Parque). Quienes hemos tenido el viscoso privilegio de asistir a reuniones de sociedades literarias reconocemos, por encima de la caricatura la inquietante veracidad de tales personajes y tales sitios.

Por su condición de honesto solaz y cálido refugio espiritual, con frecuencia se acercan a la sede de Polimnia: Jubilados a quienes no satisfacen las consabidas reuniones de café o de la plaza (no es mi caso, pero creo que lo sería si, como ocurrirá dentro de pocos años, me llegara sorpresivamente la jubilación), mujeres solas, solteras (es el caso de Irene) o viudas, o seño-

"—¿No es un poco temprano, Jefe?"

"—A las diez rajan todos. Métele."

"—¿Los sacamos por la lista?"

"—Doce cualquiera he dicho."

"—Espero que no jodan los de la 45 como la otra vez."

"Bevilacqua está avisado. No se va a aparecer".

PARA los dioses del Olimpo, que también tienen participación en la trama, Costantini diseña otro lenguaje:

"Ya no volaba, pues, el hábil mensajero en torno a la bien cuidada sede de Polimnia, ni avizoraba hacia uno u otro lado de la adormida calle Teodoro Vilobobó, como ambas Diosas le habían encomendado que hiciera ni al parecer le preocupaba ya mayormente la inminente llegada de cuatro automóviles Ford Falcon, asesinos de hombres. Sino que henchido su corazón de amor y de impaciente deseo (sin duda a causa de la fuerte ráfaga que involuntariamente derramó sobre él la áurea Afrodita) desolecaba con astucia todas sus viejas artes de infatigable conquistador frente a una humilde plantita de menta, la cual, tímida y temblorosa, recibía con secreto agrado el amoroso discurso del elocuente Dios".

Lo que resulta es un producto dinámico, ameno las más de las veces, suelto, crítico y penetrante. Sin embargo quizás por la hibridez de los elementos empleados o por la reiteración de efectos (particularmente en los capítulos de los dioses del Olimpo), algo fracasa en la novela y, como dirían los pasteleros, no cuaja del todo.

COSTANTINI

CON EL PUÑO CERRADO

por José N. Castillo

De Humberto Costantini sabemos algunos hechos interesantes: Hacia 1964 tenía una muy sólida reputación literaria en su país de origen, Argentina, por una serie de libros de cuentos: "De por aquí nomás" "Un señor alto, rubio, de bigotes", "Cuestiones con la vida" y otros. Había incursionado en el teatro con "Tres monólogos" y algunas piezas de teatro infantil. En privado, era poeta y erudito en largos períodos. Ya en 1970 contaba con el Premio Municipal de la Ciudad de Buenos Aires, obtenido por dos veces consecutivas, y era voz de indiscutible fuerza persuasiva entre las jóvenes generaciones de escritores. Curriculum importante para un medio muy estricto con los creadores y, sobre todo, para un

mirada cómplice del PC argentino.

EN "De Dioses, hombricitos y policías" las alusiones al cuadro represivo son lo suficientemente explícitas. Los grotescos policías, los hombricitos y los dioses del Olimpo que participan de los acontecimientos, pertenecen a ese mundo deshumanizado y torvo que suscitan las dictaduras militares del Cono Sur.

Eso no debe llevar al lector a la conclusión de que es ésta una novela de denuncia política a secas. La propia cuarta de forros sí se encarga de advertir que Costantini es "Realista y metafísico, alejado tanto de una literatura minoritaria y estéril como de otra superficial y mesiánica redentora".

ras con hijos ya mayores y por lo tanto con el tiempo para retomar antiguas vocaciones. Por el mismo motivo no es infrecuente ver entre nosotros personas a quienes algún impedimento físico hace difícil otro tipo de actividades sociales".

A ellos se contraponen la sinistra caricatura de los policías, también pintada con trazos firmes y convincentes. Aquí, Costantini utiliza con frecuencia el estilo epistolar transcribiendo los informes de los policías referidos a presuntas labores subversivas de los inocuos escritores o bien el diálogo rápido y directo del tipo:

"—Móvil 25 a central. Salimos para Villa del Parque. ¿Alguna novedad?"

"—Ninguna novedad, prosiga el operativo."

COMO ocurre en otras experiencias de avezados cuentistas que llegan a la novela, Costantini no logra escapar de los acechos de un género que, ciertamente, se maneja con mecanismos distintos. Esa idea, expresada por el maestro Güiraldes, el de don Segundo Sombra, de que "la novela es mano abierta y el cuento puño cerrado" expresa con claridad las fallas advertibles en este intento de Humberto Costantini.

En síntesis, y en nuestra opinión, "De Dioses, hombricitos y policías" dista mucho de ser una gran novela, no obstante descubrirse en sus páginas —de modo esporádico— las vibraciones de un narrador que puede volar muy alto, pero que aquí no despega bien.